

Todas estas defensas, como las murallas, los monumentos y la mayor parte de las casas de Vera Cruz, están construidas con piedra madreónica, llamada de *mucara*, la única que se encuentra en las cercanías. Solamente la cortina de San Fernando que mira á la ciudad es de piedra dura traída de España poco á poco, segun se dice, en la época de



Mulos.

ta de la corte de España, la guarnición del fuerte vivía en estado de tregua permanente con la de la plaza. Las comunicaciones eran libres y amistosas durante el día; pero apenas oscurecía se redoblaban las precauciones temiendo una sorpresa. La tropa real se contentaba con imponer un derecho de 8 y medio por 100 *ad valorem* sobre las mercancías extranjeras importadas á la ciudad.

Vera Cruz se eleva en el mismo sitio en que Cortés desembarcó el 21 de abril de 1519, día de Viernes Santo: en razón de esta coincidencia, puso el nombre de Cruz Verdadera al primer establecimiento español formado en la costa. La ciudad actual fue fundada por el virey, conde de Monterey á fines del

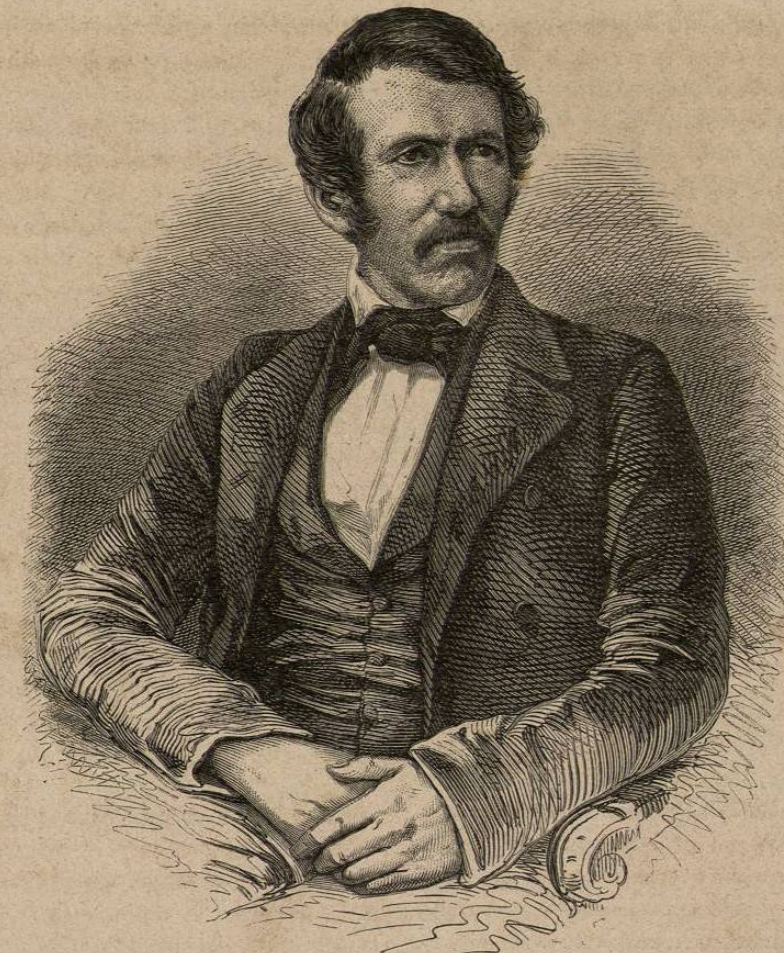
la construcción del fuerte por los barcos de comercio, á los cuales imponía el gobierno este gravámen á título de lastre.

Los españoles expulsados de la colonia en 1822, conservaron sin embargo este fuerte hasta 1825, época en que se reconoció oficialmente la independencia de Méjico. Pero durante esta mezquina protes-

siglo XVI: en 1615 recibió su privilegio de ciudad.

El 22 de febrero por la mañana me dirigí hácia la puerta del mar, donde tomé una canoa que me transportó á bordo del vapor *Orizaba*, fondeado al Sur del fuerte de San Juan de Ulloa. Iba por fin á decir adiós á Vera Cruz.

Muy luego se levó el ancla; y no sin pesar ví borrarse poco á poco en una vaporosa lontananza las costas de Méjico; mientras que la alta cima del Citlaltepelt fue visible en el horizonte, mi mirada permaneció fija en ella, y mi pensamiento volaba hácia esa bella tierra asteca, á la que deseaba con toda mi alma la paz y la prosperidad en la independencia.



EL DOCTOR LIVINGSTONE.

AFRICA AUSTRAL.

PRIMEROS VIAJES DEL DOCTOR LIVINGSTONE.

1840-1856.

I.

Infancia y educación del autor.—Llegada á Africa.—Caza del leon.—Tribus becuanas.—El cacique Sequele.—Sequia.—Creadores de lluvia.—Caza con el hopo.

Yo nací en Escocia, de una familia pobre. A la edad de diez años me enviaron ya á una fábrica donde contribuía á mejorar la situación de mi casa en cuanto mis fuerzas alcanzaban. Con parte del jornal de mi primera semana de trabajo pude adquirir los rudimentos de la lengua latina, y me apliqué al estudio de este idioma por espacio de algunos años con incansable celo, concurriendo á un aula de ocho á diez de la noche. Seguía luego el estudio hasta la media noche ó hasta despues, si mi madre no se oponía subiendo á mi aposento para quitarme los libros de las manos, como quiera que tenía que acudir á la fábrica á las seis de la mañana y trabajar hasta las

ocho de la noche, sin mas descanso que el tiempo indispensable para almorzar y comer.

De este modo leí muchos de los clásicos, habiendo llegado á conocer á Virgilio y á Horacio á la edad de diez y seis años mejor que ahora los conozco.

Nuestro profesor, que afortunadamente vive aun, recibía cierta subvención de la compañía; era afable y cariñoso, y tan módico en sus honorarios, que podía recibir su enseñanza hasta el mas pobre. No pocos se aprovecharon de esta oportunidad y conveniencia, y algunos de mis compañeros ocupan ahora puestos mas altos que los que entonces pudieran prometerse. Gran fortuna sería para los pobres que se generalizara en Inglaterra este sistema de enseñanza.

Por lo que hace á la lectura, devoraba cuantos libros había á mano, excepto las novelas. Mi inclinación era á los libros científicos y especialmente á los viajes, bien que mi padre, juzgando como otros

muchos de su época, que los primeros perjudicaban á la religion, hubiera preferido haberme visto aficionado á obras como el *Cuádrupé Estado de Boston*. Nuestro diferente modo de pensar sobre la materia, llegó á convertirse en abierta rebelion por mi parte, y el último castigo que sufrí de la suya fue con ocasion de haberme negado á leer el *Cristianismo práctico* de Wilberforce. Por espacio de algunos años conservé esta repugnancia á los estudios doctrinales y á la lectura religiosa de cualquier clase que fuera; pero habiendo ilustrado mi espíritu el de las obras del doctor Tomás Dik, tituladas *Filosofía de la Religion* y *Filosofía de un Estado Futuro*, fue para mí de gran satisfaccion el ver confirmadas mis ideas de que la religion y la ciencia, lejos de hostilizarse, se amistan y mutuamente se ayudan y fortalecen.

Mis padres habian procurado con gran solicitud que penetrasen en mi alma las doctrinas del cristianismo, y sin dificultad comprendí la teoría de nuestra eterna salvacion por el sacrificio de nuestro Redentor; pero entonces solamente fue cuando empecé á sentir la importancia y necesidad en que estaba de poner los medios para que aquel no fuera estéril para mí; este cambio equivaldría al hecho de ver la luz un ciego de nacimiento. La generosa aptitud con que en el libro de Dios se ofrece el perdón de todas nuestras culpas, hizo nacer en mi alma un apasionado amor hácia Aquel que nos redimiera á costa del mayor de los sacrificios; y este sentimiento de profunda y afectuosa gratitud ha influido en cierto modo en mi conducta posterior.

Movido de la ferviente caridad que el cristianismo inspira, resolví muy luego consagrar mi vida entera al alivio y consuelo de la miseria humana, y meditando sobre este propósito, comprendí que el hacerme soldado de Cristo en la China podria redundar en beneficio de alguna parte de aquel vasto imperio, por cuya razon me consagré al estudio de la medicina con el fin de poder llevar á cabo mi empresa.

En el reconocimiento de las plantas indicadas en mi primer libro de Medicina, que fue aquella obra tan antigua y extraordinaria de Culpeper sobre la medicina astrológica, intitulada el *Herbario*, me sirvió de guia el libro publicado por Patrick sobre las plantas de Lanarkshire, y no obstante la limitacion del tiempo de que podia disponer, hallaba ocasion de recorrer los alrededores para recoger simples.

Tambien me dediqué con grande anhelo al estudio de los oscuros é insondables abismos de la astrologia, y creo que fué tan allá como el autor referido pudo llevarme en sus regiones fantásticas. Pero me pareció peligroso ir mas adelante en materia tan difícil, creyendo en mi fantasía juvenil, que era menester darse en cuerpo y alma al mismo diablo para llegar á adquirir el conocimiento de las estrellas. Estas es-

cursiones científicas, que frecuentemente hacia con mis hermanos, satisfacian el inmenso amor que profesaba á la naturaleza; y bien que volviéramos casi siempre fatigados y hambrientos, eran sin embargo, tan interesantes las escenas que á nuestra vista se presentaban, que nunca desistíamos de nuestro empeño.

En una de estas exploraciones, penetramos en una cantera de piedra calcárea, y me seria imposible describir el placer con que empecé á recoger las conchas que encontraba en las rocas carboníferas de Fliigh Blautyre y de Cambuslang, advirtiéndome que la geología no estaba entonces tan generalizada como ahora. Viendo un cantero mi corta edad y largo entretenimiento, me dirigió una de esas miradas tiernas con que los hombres benévolos y compasivos contemplan á los locos, y al preguntarle yo cómo habian podido llegar las conchas hasta aquellas rocas, me contestó sencillamente que cuando Dios hizo las rocas, hizo tambien las conchas que las adornaban. ¡Cuántos geólogos se hubieran salvado aceptando la humilde filosofía de aquel pobre escocés!

Durante mis trabajos fabriles continuaba la lectura, poniendo el libro en uno de los bastidores que tenia delante, de modo que á medida que mis manos adelantaban en su tarea, iba enriqueciéndose mi espíritu con ideas nuevas, y así proseguia constantemente en mis estudios, sin que bastara á distraerme el estrépito de la maquinaria. A este hecho debo ahora la facilidad que tengo de abstraerme por completo de cuanto me rodea, hasta el punto de leer y escribir con la mayor tranquilidad entre los juegos de los muchachos y las danzas de los salvajes.

El trabajo de hilar algodón, al que me dedicaron á la edad de diez y nueve años, era pesado en demasía para mí; pero como lo pagaban bien, podia con lo que ganaba en el verano, sostenerme el invierno en Glasgow, donde cursaba medicina; asistiendo á la vez á la clase de griego y á la de teología, que explicaba el doctor Wardlaw.

Jamás recibí el menor auxilio de nadie, y habria conseguido, sin embargo, mi propósito de ir á China como misionero médico, si algunos amigos no me hubieran aconsejado que ingresara en la Sociedad Misionera de Londres, digna del mayor elogio por su carácter pacífico, y que agena á toda ambicion y espíritu de partido, solo aspiraba á llevar á los gentiles la luz de la verdad evangélica.

Conviniendo absolutamente estas ideas con las que yo abrigaba respecto al verdadero instituto de esta clase de sociedades, me presenté en ella, aunque no sin cierto pesar, porque no podia ser del todo agradable para quien estaba acostumbrado á obrar con arreglo á sus propias inspiraciones, eso de sujetarse en cierto modo á las ajenas, por cuya razon confieso

que me hubiera alegrado ver desechados mis ofrecimientos.

Recordando ahora mis primeros años, no puedo menos de regocijarme por aquella vida de afanes y trabajos que formó una parte tan principal de mi educacion juvenil; y á ser posible, me complaceria en volver á ella nuevamente, viviendo en el mismo humilde estado y pasando otra vez por aquellas penosas vicisitudes.

Habiendo concluido mis estudios médicos y sostenido una proposicion sobre una enfermedad que requería el empleo del estetoscopio para su diagnóstico, di sin querer motivo para que mi exámen fuese mas prolongado y riguroso de lo acostumbrado, pues sostuve una corta polémica con los examinadores sobre la importancia de aquel instrumento, que en mi sentir tenia menos de la que se le atribuía. Lo mejor en aquella ocasion hubiera sido reservarse la propia opinion: fui, sin embargo, admitido como licenciado en la facultad de medicina y cirugía. Con esto fue indecible mi placer al contemplarme individuo de una profesion consagrada por escelencia á la práctica de la caridad, y que de siglo en siglo va caminando con incansable energía en busca siempre del remedio de las dolencias humanas.

Ya en aptitud de realizar mi primitivo proyecto, la guerra que sobre el opio se hallaba por entonces en su mayor auge, vino por mi desgracia á impedírmelo. Habia acariciado la esperanza de poder penetrar en aquel imperio, aun cerrado á Europa á la sazón, por medio de mis conocimientos médicos; pero no habiendo probabilidades de que la paz se restableciera pronto y presentándose un nuevo palenque, abierto por Mr. Moffat, á él hube de dirigir mis miras siguiendo estrañas sugerencias, y despues de ampliar en Inglaterra mis estudios teológicos, me embarqué para África en 1840, arribando á la ciudad del Cabo á los tres meses de navegacion. Detúveme allí poco tiempo y procuré dirigirme al interior dando la vuelta por la bahía de Algoa, como lo hice efectivamente, marchando muy luego al establecimiento central de las Misiones en el pais Becuano llamado Curuman, que dista unas 700 millas de dicha ciudad. Unos treinta años antes fue fundado aquel establecimiento por MM. Hamilton y Moffat, y debe considerarse como el punto mas avanzado de las misiones por aquella parte de África, siendo por muchos conceptos interesante su aspecto. La iglesia y demás edificios que lo componen son todos de piedra; los jardines, regados por las aguas del Curuman, abundan en árboles frutales y viñedos, como tambien en vegetales europeos, cuyo fruto llega allí muy pronto á sazón, realzando la belleza del conjunto el contraste que forma el paisaje que lo rodea y la consideracion de ser debidos en un todo al trabajo ma-

terial de los misioneros. Esteriormente da á conocer á las tribus adyacentes las comodidades que la civilizacion lleva consigo, y en su interior por medio de sus imprentas, en las que trabajan sus primitivos fundadores, se difunde gradualmente la luz del Evangelio por toda aquella region.

Este oasis vino á ser para mí sobremanera interesante; porque despues de haber permanecido soltero cerca de cuatro años en África, y habiendo vuelto Mr. Moffat de un viaje á Inglaterra en 1843, tuve valor para hacerle una declaracion, cuyo resultado fue unirme en matrimonio con su hija mayor, María, en 1844.

Con el tiempo vinieron á alegrar nuestra soledad tres niños y una niña, y creo conveniente manifestar que no hallamos la menor dificultad en enseñarles á hablar el inglés. La esperiencia me ha hecho conocer que los hijos de un misionero no deben hablar solamente el idioma de los indígenas.

En virtud de las instrucciones que me habian dado los directores de la sociedad misionera de Londres, debia dirigir mi atencion hácia el Norte del África, y así lo hice tan luego como llegué á Curuman ó Lattaco, el establecimiento interior mas apartado del Cabo; sin detenerme, pues, mas que el tiempo necesario para que descansaran los bueyes, ya muy fatigados por su larga jornada, partí en compañía de otro misionero al pais de los bacuenas, donde encontramos á Sequele, que se hallaba con su tribu en Chocuana. Muy luego tomamos la vuelta de Curuman; mas como el fin propuesto no podia obtenerse con tan rápidas escursiones, hice propósito de internarme de nuevo, y con la brevedad posible, dirigiéndome despues de tres meses al sitio llamado entonces Lepelole y ahora Litubaruba, á unas 15 millas de Chomana. Una vez allí, me retraje por espacio de seis meses de todo trato europeo con objeto de adquirir un conocimiento exacto del idioma del pais, pudiendo así tambien conocer las costumbres, creencias, leyes y lengua de aquella parte de los becuanas, denominada Bacuena, lo cual me fue luego de incalculable utilidad.

Durante mis escursiones alrededor de Curuman, habia elegido el hermoso valle de Mabotra para establecer en él una mision, y á él me trasladé en 1843. Aquí tuvo lugar una ocurrencia, respecto de la cual he sido muchas veces interrogado en Inglaterra, y que á no ser por las súplicas de algunos amigos, no hubiera referido, reservándolo para contarlo á mis hijos en mi vejez.

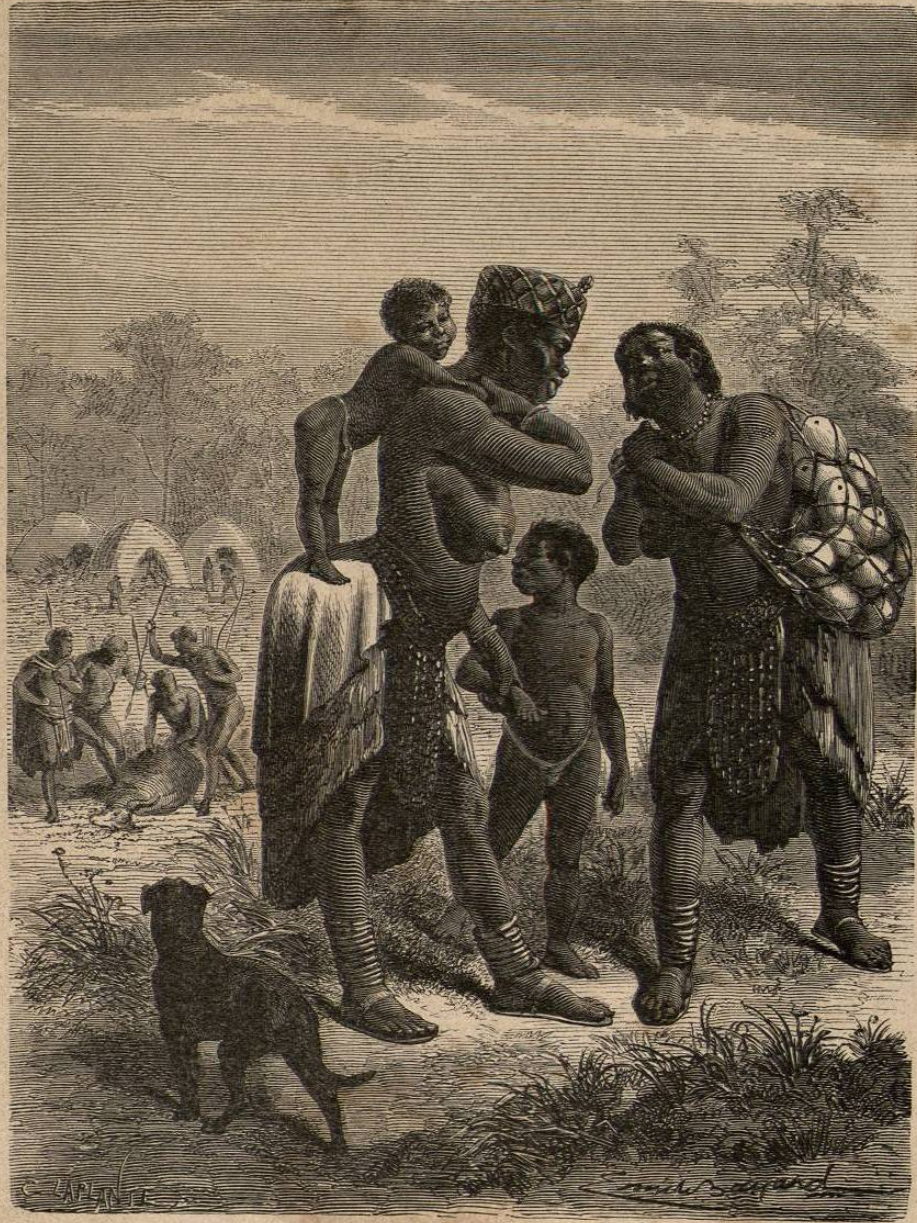
Los bacatlas de Mabotsa estaban muy acosados por los leones, que entrando de noche en sus corrales, devoraban sus ganados, á los que solian acometer hasta de dia en el campo. Por esta plaga, las gentes de la tribu se creyeron maleficiadas por sortile-

gios, según decían, de alguna otra tribu enemiga.

A pesar del maleficio, pude una vez determinar á los hombres de armas tomar á salir en persecucion de las fieras; pero siendo cobardes en comparacion

de los becuanas en general, cuando se trata de lances semejantes, volvieron sin haber cazado leon ninguno.

Está ya averiguado que en dando muerte á un leon, los demás que lo acompañan huyen del pais



Mujeres busmanas proveyéndose de agua en huevos de avestruz.

aprovechando el aviso; y en esta creencia, tomé yo parte en la primera batida que se dispuso, á fin de animar á los cazadores á ahuyentar aquella calamidad, matando á uno siquiera de aquellos feroces merodeadores.

En efecto, encontramos á las fieras en una pequeña eminencia cubierta de árboles, á cuyo alrededor

se estendieron los cazadores, estrechando el círculo estratégicamente. Yo me hallaba en la llanura con el maestro de escuela del pais, excelente sugeto, llamado Mebalué, cuando ví á un leon sentado en la punta de una roca situada dentro del círculo de los cazadores, que ya estaba completamente cerrado. Mebalve disparó antes que yo pudiera hacerlo, pero



El doctor Livingstone derribado por un leon.